
EDITORIAL

Una de las características más sobresalientes del resurgir litúrgico de nuestros días es el realce que se viene dando a los valores más fundamentales de la celebración frente a los aspectos celebrativos de menor importancia. Bastaría comparar la presentación de la misa dividida en tres partes —ofertorio, consagración y comunión— común a casi todas las explicaciones de la misa de hace muy poco tiempo, a la manera como hoy se presenta la celebración eucarística siguiendo el esquema mucho más objetivo y jerarquizado —Liturgia de la Palabra y Liturgia eucarística— que responde, no a simples categorías religiosas, sino a las dos facetas de la acción salvífica del Señor: anuncio del evangelio y tránsito pascual de este mundo al Padre.

Pero este subrayar las facetas fundamentales tiene también sus riesgos. El primero de ellos es que, por una parte, ni siempre resulta fácil determinar cuáles sean estas facetas ni está al alcance de todos hacerlo y, por otra, el mismo hecho de insistir siempre en lo principal puede llevar consigo el olvido y desvalorización sistemáticos de algunas categorías que tienen también una identidad propia, ausente en otros lugares.

Si aludimos aquí a esta problemática, lo hacemos pensando en una realidad concreta. Siguiendo las enseñanzas del Vaticano II —y de numerosos documentos postconciliares— hoy se insiste en que Laudes y Vísperas son el quicio de toda la oración eclesial. Pero repetir este aserto, cuya verdad es innegable, si ello no se

acompaña con una reflexión sobre el significado conjunto de la oración litúrgica, puede conducir a resultados altamente empobrecedores. Porque hay partes en el Oficio que, sin tener la importancia de Laudes y Vísperas, poseen, con todo, una identidad propia. ¿Puede negarse, por ejemplo, que interrumpir la tarea cotidiana a media mañana, a mediodía y al inicio de la tarde (Tercia, Sexta y Nona) expresa mejor la oración continua de que habla el Nuevo Testamento (v. gr. Lc 18,1; 1 Ts 5,17) que limitarse a la oración de la mañana y de la noche?

Una de las partes del Oficio Divino que posee una identidad propia más destacada es, sin duda alguna, el Oficio de lectura, sobre todo si reviste el carácter de vigilia nocturna. Es en esta parte de la oración eclesial donde encontramos la más completa proclamación de la Palabra de Dios (mucho más rica que la que se hace en la misa). Y si este oficio se hace a modo de vigilia nocturna en él hallamos además la más intensa vivencia del sentido escatológico de la plegaria cristiana. He aquí, pues, un Oficio al que se debe dar su debida importancia.

En este número de *Oración de las Horas* tanto el material de la celebración como dos de los artículos quieren subrayar la importancia y mejorar la práctica de este Oficio de lectura. Pensamos que lo agradecerán sobre todo las comunidades contemplativas. Pero también los demás lectores harán bien en prestar atención a este oficio, sobre todo teniendo presente que se trata del Oficio de lectura de Cuaresma, tiempo que todos los fieles deben consagrar más intensamente a la oración. Para ello, siguiendo lo que dice la *"Institutio" General sobre la Liturgia de las Horas*, n. 250, sugerimos variar este año durante una de las semanas cuaresmales las lecturas patrísticas que aparecen en el volumen de la Liturgia de las Horas, con unos textos penitenciales entresacados de las obras de uno de los más antiguos escritores cristianos, Clemente de Alejandría, presentado por A. Olivar. Y también profundizar el sentido oracional de los cánticos de la Vigilia prolongada de Cuaresma, para lo que será una buena ayuda los sugerentes comentarios de H. Raguer, también monje de Montserrat y nuevo colaborador de nuestra revista.

P. F.